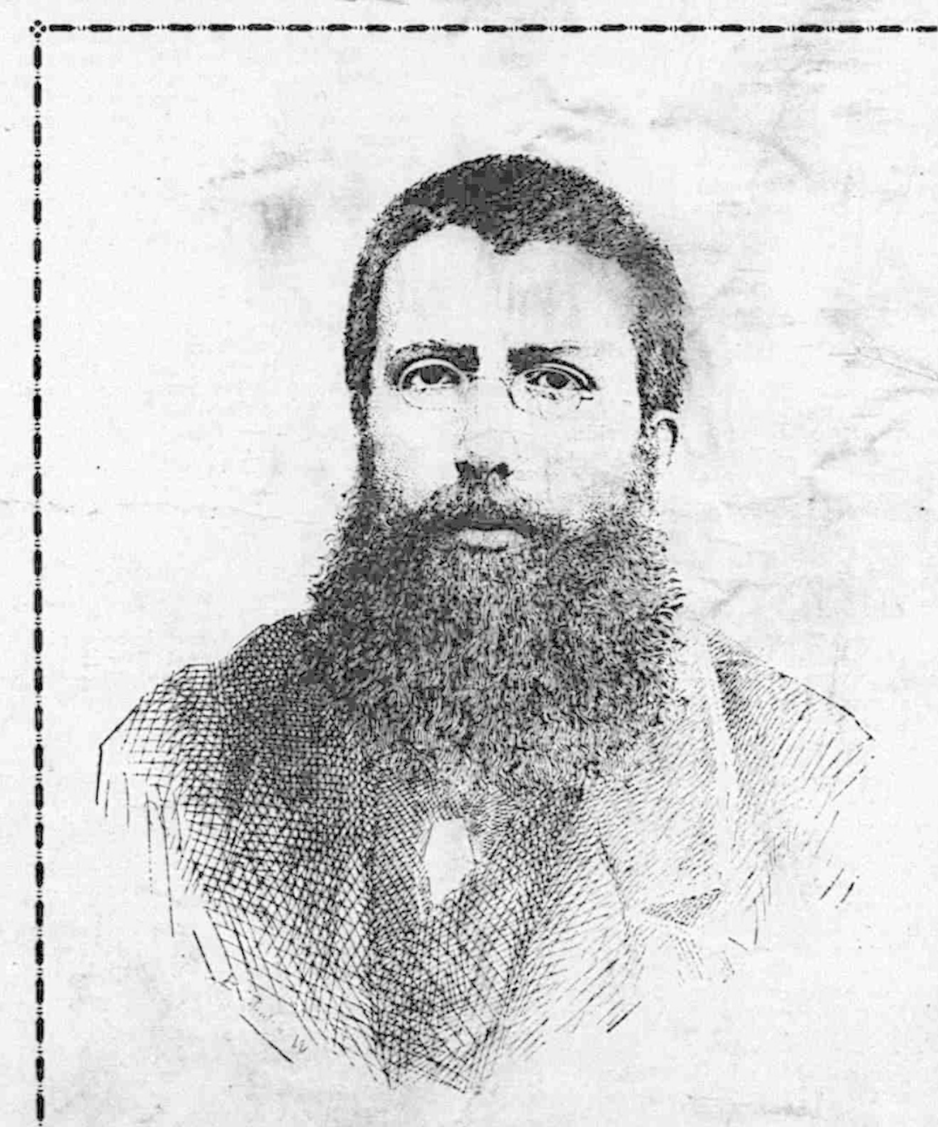


Publicación Mensual de Crítica Social

JULIO
1920
Año 1.—Núm. 10



CARLOS CAFIERO

1846 - 1892

PRECIO 0.20 CTS.

VIA LIBRE

Publicación mensual de crítica social

Dirección y Administración: Azcuénaga 16 — Director: Santiago Locascio

Año I. | Buenos Aires, Julio de 1920 | Núm. 10

REFLEXIONES DEL MOMENTO

LOS DELINCUENTES

Somos de aquellos que no creemos en que solo el factor social empuja a la delincuencia común. Hay otros factores: los hereditarios, los somáticos, que motivan los hechos antisociales llamados delitos.

Por ello nosotros miramos al delincuente como a un enfermo a quien hay que cuidar y curar.

Otros compañeros nuestros no creen en eso de imperfecciones ingénitas y consideran al delincuente como una víctima de los males sociales y como tal susceptible de una simple transformación ideológica o mental.

Estudiando las conclusiones positivas de Enrique Ferri, esta transformación simple es absolutamente imposible, pues la anormalidad del delincuente común es "involutiva" por cuanto no procede de una atrofia orgánica plausible de sensibilizarse sino de una lesión casi diríamos cancerosa no cicatrizable.

Y esos buenos compañeros tratan al delincuente como pudiera tratarse a cualquier ser normal, y como no saben de simulación, caen fatalmente en las redes que les tiende el hábil simulador.

Pues aparte del órgano lesionado, el delincuente conserva los otros órganos en sus plenas facultades y supera a los de los individuos normales, por tanto para disimular su "falta" se crean una moral especialísima fácilmente convincente y contagiosa a las mentes superficiales y a los espíritus sensibles.

Juan Porta, vulgar delincuente muy conocido por sus hazañas, supo inculcar en algunos sus propias maquinaciones, y poniendo en juego su habilidad delictuosa llegó a simular el amor a una causa para él ajena y no sentida y que sólo la miraba como un medio para sus fines egoístas y perversos.

Es verdad que el daño no ha sido mucho, hasta podría afirmarse que la causa ha salido beneficiada; pero si se hubiera procedido con verdadera conciencia científica, no sólo no habría producido daño, sino hasta podría haber sido útil para los fines sociales su plan inconscientemente elaborado por su enferma masa cerebral.

Se argüirá con ello que también la policía se valió de ese sujeto para dañar nuestra causa y que ese concurso ha sido tachado de inmoral por los censores y por nosotros. Debemos hacer constar que la labor policial en este caso es degenerativa no constructiva, pues el concurso de Porta no ha sido aprovechado para descubrir delitos, sino para cometer infamias y producir víctimas. Cosa muy distinta del aprovechamiento que podría traernos a nosotros un plan genial de algún anormal con fines de dinamismo social.

El ladrón puede ser un factor de disolución social, pero lo es a su propio pesar. El es inconsciente de su obra revolucionaria, él no es un simple inadaptable, sino un a — social por su tara que lleva a cuestas desde el nacimiento a la muerte. El medio social anula o retarda las manifestaciones de su anomalía, la misma tara puede desaparecer, mejorando el medio, en los hijos del lisiado o en sus nietos, pero el medio no es sólo el que perturba las normales funciones del sujeto. La perturbación está en el mismo sistema de su naturaleza intrínseca y como tal se manifiesta en sus actos externos.

Coincidimos con nuestro modo apreciativo, con Hamon y Gori, quienes a pesar de su anarquismo confesaron lealmente que el "delito es un fenómeno natural de índole patológico, enjendro de un orden múltiple de factores cósmicos, físico-antropológicos — entre los cuales indudablemente tienen predominio los sociológicos — sin que pueda decirse que estos sean los únicos que constituyen el impulso criminoso" (Pedro Gori. El delito en la sociedad futura. Buenos Aires 1900, Ciencia Social").

No hay que confundir la condición interesada del hombre social en una sociedad individualista y propietaria, que trata normalmente de apropiarse de mayores beneficios posibles, con el que recurre a medios que afectan la propia conservación del individuo, y que trastorna, el solo pensarlo, todo su sistema nervioso, y cuando no atenta a la propia vida da siempre un resultado negativo para los fines que las gentes normales imaginan; El ladrón no roba para adquirir un bienestar material, como lo haría cualquier comerciante audaz, sino que su acción es siempre negativa, pues el producto del robo se esfuma en espirales de orgía o en morbosa generosidad absolutamente improductiva.

No. Los ideales nuestros, no pueden ser comprendidos por los invertidos morales, por los anestésicos de la vida. Ellos sólo son substentados por los hombres sanos de mente y de corazón.

Y únicamente de éstos puede esperarse una labor honrada y continuativa; de los demás, sólo nos depara la tración, la delacción y la infamia.

Santiago Locascio.

CARLOS CAFIERO

Nació en Barletta en 1846, hijo de Fernando Cafiero y Luisa Azzariti, que representaba una de las más ricas familias del Barese.

Narrar la vida de Carlos Cafiero es cosa, si no imposible, difícil; es lo mismo que escribir la historia de cómo ha tomado cuerpo el socialismo-anárquico en Italia y cómo se ha desarrollado, del 71 al 82, en toda la Europa occidental.

Fué educado en su juventud en el seminario de Molfetta, entonces de mucha fama en la parte meridional de Italia, y allí hizo amistad con el inolvidable Emilio Covelli, amistad que en Locarno en el 74 debía renovarse más intensa, por basarse en comunes sentimientos y aspiraciones. Salido del seminario, fué enviado a Nápoles a estudiar leyes, y allí, de ferviente espiritualista que era, comenzó a sacudir la fe religiosa inculcada por la familia y los curas.

A la muerte de sus genitores, hallóse poseedor de una riqueza no común y cercado de parientes y amigos politicastros que pretendían hacerle un diplomático. Al efecto dirigióse a Florencia, entonces capital de Italia. Mas, "una bella sera", harto de las malas artes de la politiquería; asustado de la hipocresía, con la cual mirábase tan sólo de mixtificar al pueblo, deja con un palmo de narices a diputados y adheridos a embajadas, con los cuales discutía en un café, y parte para Londres, diciendo totalmente "addio" a parientes, amigos y politicastros.

Entonces acarició la idea de imitar a Volney, esto es, de trasladarse a Oriente y establecerse allí, para estudiar si verdaderamente el Islamismo era un dique que contenía todas las ideas de progreso que lo circundan. Mas la residencia en el extranjero había destruído en él los avances del espiritualismo y lo había hecho un librepensador. El espectáculo estupendo de la "Commune" de París lo conmueve y arrebata, se quita la piel burguesa y entra en la Asociación Internacional de los Trabajadores, luchando por la desaparición de la burguesía.

Vuelve a Nápoles, y con Fanelli y otros, funda la "Campana", primer órgano socialista que apareció en Italia. La "vía cru-

cis" comienza. Toma parte activísima en los Congresos de la Internacional y especialmente en las contiendas surgidas en el seno de aquella gran Asociación entre los partidarios de Marx y de Bakounin, contándose él entre los de este último. En la conferencia de Rimini, en el Congreso de Bolonia, en todo lugar, afronta persecuciones y cárceles, mientras se distingue notablemente por su actividad, que, unida a sus medios, da gran impulso al desarrollo de la idea socialista-anárquica en toda la península italiana.

A fines del 73, liquidada una parte, la mejor, de su patrimonio, pasa a Suiza, y con Bakounin, en Locarno, implanta un centro de actividad por la propaganda de la idea anárquica en Europa y especialmente en Italia.

En el 74 dirigióse a Rusia para unirse con Olimpia Koutusoff, la cual con los hechos debía mostrarse su digna compañera, y al retorno, colaboró en el plan de insurrección de Bolonia, en el cual, habiendo fracasado, no pudo cumplir su parte.

Abandona Suiza en el 75 y se dirige a Milán, de Milán a Roma; en todas partes llevando esperanzas y rehaciendo los ánimos para la lucha, mientras tanto que con Malatesta, Covelli y Ceccarelli, prepara la insurrección en el Beneventano. Fracasado el golpe, junto con todos los demás compañeros sufre diecisiete meses de cárcel en Santa María de Capua y Benevento. Puesto en libertad, pasa a Francia, de donde es expulsado, vuelve a Suiza y luego va a Londres. Aquí se enferma; se restablece y vuelve a Italia, dirigiéndose a Milán, en donde es arrestado y encerrado en la cárcel. Mas, débil aun por la enfermedad sufrida, exasperado por el mal trato con él usado, obsesionado con el pensamiento de haber revelado en sueños los secretos que comprometían a sus amigos, intenta suicidarse con los cristales de sus anteojos. Es excarcelado y amonestado después de las infinitas protestas de la prensa liberal, y gravemente enfermo, es conducido a Locarno por agentes de la policía italiana. Casi moribundo es abandonado en la pública calle, y renueva la tentativa de suicidio. Y hubiera muerto, si el socorro y la bondadosa cura de la familia Bellerio no le hubiesen devuelto a la vida.

Pero, después de tanto sufrimiento, la razón se oscurece, y un cierto día, habiendo escapado hacia Italia, fué preso — el 13 de febrero de 1883 — y encerrado en el manicomio de San Boni-

facio, de Florencia, de donde, después de tres años de mala cura, fué trasladado al de Imola. Finalmente, del manicomio de Imola pasó al de Nocera Inferiore, muriendo en él el 16 de julio de 1892.

¿Qué es lo que representa Carlos Cafiero en la vida? Una de aquellas "nobles excepciones que renuncian, espontáneamente o sin recompensa, a todo el bienestar que legítima o ilegítimamente poseen". El, como Pisacane, Covelli, Bakounin, Sofía Perovskaia, etcétera, representa, sí, una verdadera y admirable excepción en su clase. Catón renuncia a la vida para no perder la libertad; ellos renuncian a su libertad propia dentro de su clase para que la conquiste el pueblo, de quien consideran todo aquello que ellos poseen.

Carlos Cafiero era rico, y toda su riqueza la empleó por la emancipación del proletariado; poseía ingenio, y todo lo aplicó para hacer conocer el derecho al pueblo oprimido; podía aspirar a cualquier "onore..." mas él guardó para sí tan sólo aquel de llegar a ser obrero, para probar los martirios propios de este estado, y en Locarno hace de campesino, en Berna de limpialetrinas, en Milán de fotógrafo, en Marsella se ocupa en la descarga de carbón en el puerto y en Menton hace de cocinero.

Fué el amigo íntimo de Bakounin, quien le quería como a un hermano. — "Carlo!... Carlo!...", gritaba la voz del gigante ruso, y "Carlo" dejaba cualquier ocupación para correr a vestir y a desnudar al viejo revolucionario, como un hijo amoroso lo haría con el padre!... Antes de morir el gran agitador, entre los pocos que hubiera deseado ver por última vez se contaba Carlos Cafiero.

Cafiero ha dado pruebas de ser un pensador no común en el "Compendio del Capital de Marx" — trabajo difícil, completado en el ocio forzoso de la prisión de Benevento — y en los innumerables artículos escritos en los periódicos de Italia y de otros países.

Hubiera llevado a término la biografía de Bakounin y la reimpresión de los cuatro volúmenes de Pisacane, si los acontecimientos no lo hubiesen destruído todo.

Su sinceridad corrió siempre parejas con su amor por la Causa de los oprimidos, y el capitalismo y la burguesía toda no tenían otro más fiero enemigo, mientras que los desheredados en él hallaban un apasionado cuanto potente defensor.

El ver marchar las cosas contrariamente a su modo de pensar y sentir afligióle tanto, que degeneró en misántropo, y ello y los infinitos sufrimientos fueron causa, en fin, de aquella ligera e inofensiva manía que le condujo al manicomio, con feroz contento de sus enemigos, que desde ya creyéronle sepultado para siempre.

Jamás desmintió sus principios. Desde la cárcel de Benevento mandó pedir a un tal De-Martini 25.000 liras, valor de la compra por éste hecha del resto de sus bienes. El tal De-Martini negóse a abonar la cantidad pedida, y el director de aquella cárcel ofreció a Cafiero todo lo que le fuese necesario para hacer la demanda civil, pero él, dándole las gracias, le dijo: "Non ricorro alle leggi che non riconosco"; y rompió los documentos comprobantes del crédito.

A los amigos, en los terribles momentos de tristeza, solía repetir: "Il tempo é galantuomo e dirá chi ha ragione!" Sí; el tiempo reparador póstumo, ha rendido justicia a Cafiero, como era acreedor a ella.

Robusto, blanco-róseo de color, barba castaño-clara larguísima, cabello oscuro largo echado atrás, ojos plácidos, fijos tras el pensamiento, fué siempre bueno, con la bondad de un padre cariñoso. Ninguna pretensión animóle jamás: si después de haber expuesto un plan lo interrumpía con: "¿Cómo haréis para salir bien?" él, sin inmutarse, replicaba: "Recurriremos a toda la posibilidad de nuestras fuerzas".

Si Cafiero hubiese nacido en Rusia, hubiera sido ahorcado; nacido en Italia, sufrió el martirio sordo, lento, que tuvo por meta el manicomio.

¡Loor a Cafiero, al mártir de la Idea, al denodado campeón de la emancipación humana!

EL REDENTOR

I

En la cárcel le llamaban "Redentor"...

Era un mocetón fornido, de amplia y despejada frente, ojos de firme y sereno mirar, nariz recta y varonil, labios que en su contracción perenne reflejaban un espíritu pletórico de energía.

Le llamaban "Redentor", porque era el árbitro bondadoso en todas las disputas, y el conciliador eterno; porque al hablar, lo hacía con tal aire de convencimiento, que se imponía a cuantos le escuchaban.

En la cárcel le llamaban "Redentor", y allí había entrado para purgar el delito horrendo de "no querer matar". ¡Oh extraña aberración...!

Sonaron un día las trompas de guerra llamando a los hombres a la cruel carnicería, y hubo un mocetón valeroso que no acudió al reclamo, obediente a las palabras de Jesús: "No matarás, y el que matare será reo de juicio". Y los patriotas le dijeron, entonces, que la Patria exigía el sacrificio de sus hijos, y él respondió:

—Mi patria es el Mundo y los hombres mis hermanos.

Y los patriotas trajeron una bandera, diciéndole que era su bandera y que sería mancillada, y él respondió:

—Mi bandera es más bella, más pura, más grande; se levanta por encima de toda otra bandera, cobijando a la Humanidad: ¡es el cielo azul e infinito!

Los patriotas, oyendo esto, consideraron al joven aquél, un sujeto harto peligroso y le tildaron de cobarde y de traidor, y le escarnecieron, y se ensañaron en él, y le prendieron, y por fin le echaron a la cárcel.

"Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la Justicia, porque de ellos es el triunfo en este mundo."

"Bienaventurados los pacificadores."

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos."

Así le hablaron al "Redentor" los hierros de su celda y el "Redentor" experimentó un consuelo inmenso y sintió que su espíritu se encendía en las llamas de una suprema ambición.

II

Un abrazo estrecho a cada compañero, unas lágrimas varoniles, la pesada y negra puerta de la cárcel que gira sobre sus goz-

nes... y salió el "Redentor", derecho, altivo, con la garganta estrujada por la emoción; y anduvo, anduvo sin mirar hacia atrás, sin mirar nada o mirando sin ver, hasta que una avecilla campestre, al pasar, rozó su frente y le gritó:

—¡Eres libre, muchacho, tan libre como yo...!

Entonces, nuestro héroe levantó la cabeza y, hundiendo la mirada en el espacio azul, exclamó, con místico arrobamiento:

—¡Bendito sol...! — y echándose de bruces, besó la tierra una y mil veces, escondió en ella sus dedos, rególa con sus lágrimas, mientras decía:

—Madre tierra, madre tierra, mira a tu hijo... ¡Madre bendita, madre eterna...!

Lirios crecieron en donde el "Redentor" dejó sus besos y sus lágrimas, y, cuenta la leyenda, que los lirios le hablaron dulcemente en lueguaje misterioso, y que él, incorporándose, como impulsado por una fuerza sobrehumana, echó a correr, camino de la ciudad que en lontananza, manchaba el cielo con sus altas chimeneas humeantes.

III

¿Qué le habían dicho al "Redentor" los inmaculados lirios del campo? ¿Qué fuerza extraña le empujaban hacia la Ciudad lejana...?

El "Redentor" corría y corría...

Muchos segadores que, encorvados sobre la tierra, segaban sus propias vidas para que los amos acumularan riquezas, al verle pasar le gritaron:

—¡Compañero! ¿a dónde vas tan de prisa?

Y el "Redentor", sin detenerse, les contestó:

—A acabar con la justicia de los hombres.

Al oir esto, los segadores, cual tocados por un conjuro, abandonaron la siega y se fueron acompañando a nuestro héroe.

Corrían y corrían...

Muchos labradores que con el duro hierro abrían la tierra, cavando su propia fosa, para que los amos vivieran dichosos, al verles pasar les gritaron:

—¡Compañeros! ¿A dónde váis tan de prisa?

Y aquéllos, sin detenerse en su carrera, contestaron:

—A acabar con la justicia de los hombres.

Al oir esto, los labradores, cual tocados por un conjuro, abandonaron sus faenas y se unieron presurosos a los que corrían; y tropezaron, luego, con una legión de infelices mineros, y más tarde, con muchos pastores de ajenas haciendas; y después, con mil siervos del trabajo, que llenos de fe, se incorporaron todos al grupo y acompañaron al "Redentor" que les decía a cada instante:

—Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos...

IV

La ciudad vió que hacia ella venía inmensa muchedumbre y, temerosa, cerró sus puertas con doble fila de soldados, cubiertos de todas armas.

El "Redentor" y los suyos se detuvieron.

—¿Qué venís a hacer aquí? — preguntaron los soldados.

—A acabar con la justicia de los hombres, respondieron los que llegaban.

Al oir esto, los soldados les franquearon el paso y confundiéndose con ellos, entraron en la Ciudad, detrás del "Redentor", cuya cabeza parecía circundada por una aureola luminosa...

Un día y otro día habló el "Redentor" a la multitud; y eran sus palabras tan verídicas, tan sanas, tan sublimes, que el "Trabajo" abandonaba los talleres y las fábricas para escucharlas, y, en los templos y palacios, escondíanse el "Egoísmo" y la "Mentira", por no oirlas, y al conjuro de esa voz, en las viviendas míseras, resplandecía la luz de una esperanza.

Horacio H. Dobranich.

JUICIO FILOSÓFICO SOBRE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

La historia de las bárbaras ignominias y sangrientas tragedias de la edad primera, se sumergieron en el mar del pasado; pero surgió en cambio una nueva era no menos brutal que aquella: El medio evo.

Las negras tinieblas del feudalismo parecen cubrir el cielo de la vieja Europa. Los señores siguiendo siendo más sanguinarios que los antiguos patriarcas. Los esclavos continúan durmiendo. El ciervo del Faraón ya no existe, pero en cambio el cetro de Pedro el cruel y la fusta de Carlos el Temerario no es más que una herencia de aquellos tiranos.

¡Sombras y llamas! — Sombras que emergen de la ignorancia; llamas que devoran las entrañas de los espíritus ambiciosos y sanguinarios! — Luz y tinieblas! Formaban la penumbra del contraste, envuelto en trágicos horrores de un resplandor funesto que descubría aquel vasto recinto de dolores que debían dar más tarde origen a los acontecimientos memorables del 93.

Si bien el régimen feudal había cambiado de forma, en toda la plenitud, del siglo XVIII aun conservaba la esencia de su relajación y crueldad. Pero el siglo XVIII, última centuria de le edad moderna, llegaba a su fin; sus veinte lustros de existenciae iban a expirar para legar al siglo sucesor la más hermosa de las herencias: el germen de la revolución.

El sufrimiento moral no constituía un suplicio en el espíritu primitivo, porque en aquel entonces éste nada sabía de dignidad ni entendía un ápice de libertad individual; pero paulatinamente y a medida, que el proceso evolutivo de la mentalidad de los tiempos ascendientes, algunos de los hombres que ya empezaban a ver más claro, comprendieron que la realidad era demasiada amarga y sus vidas demasiado preciosas para no librarlas de los males y tormentos en auge.

Entonces se dejó sentir el primer grito de indignación y protesta que si bien no fué del todo comprendido su porqué, en cambio junto al paria que lo había exhalado, surgió una inteligencia clara y grandiosa, que iluminándole el Camino de la Verdad, hízole ver la apoteosis de la Idea.

La luz no desapareció del cerebro de aquel paria, y aquel esclavo se hizo hombre. Entonces el hombre comprendió que todo lo que antes había consentido y adorado no eran más que cadenas y mentiras, que privándolo de libertad, aferrábalo al oscurantismo y al dolor.

¡Pero, desgraciadamente aún quedaban y quedan muchos parias en el mundo sin elevar su voz a la justicia!

Sin embargo la voz del genio no se extinguió jamás, porque era la voz de la razón, y aquel paria que convertido en hombre, llegó a parafrasear al genio y si no escaló su altura, en cambio percibió su luz, y la luz era la Idea.

Los pueblos mucho habían sufrido para continuar recibiendo cadenas como herencias y vejámenes como recompensas.

¡Francia despierta! ¡Una convulsión ardiente se deja sentir en todos los ánimos populares! ¡Todos son fuertes en aquellos trágicos momentos! ¡Nadie tiembla en las filas revolucionarias! Los espíritus fuertes se convierten en titanes y los débiles se hacen valerosos, porque llevan, arraigado en sus corazones el entusiasmo legítimo de los derechos del hombre. Pero al cerebro de muchos no ha llegado la luz de aquella tea que ilumina el panorama sangriento de la Revolución.

La piqueta y el cañón hacen sus primeros estragos. La guillotina se hiergue como un monstruo siniestro e implacable en medio de aquel tumulto de entusiasmos, y las víctimas con sus rostros demacrados descienden de las carretas para escalar las gradas del patíbulo.

¡Cae la primera cabeza! ¡Luis XVI ha muerto! Fué más infeliz que tirano, más débil que fuerte, pero su espíritu viciado en las relajaciones del lujo y corrompido en el erotismo y excesos de las orgías, era insensible a todo dolor ajeno.

Y aquella cabeza inanimada, que el verdugo con un gesto de triunfo ofreciera al pueblo parisiense no debía ser la última en rodar por las gradas del cadalso. A ese hecho de sangre sucedieron otros muchos, y más tarde los mismos que iniciaron la revolución se constituyeron en víctimas y verdugos de sus propias ambiciones.

Robespierre no debía imperar por mucho tiempo, porque el espectro de Dantón le hacía sombra. Y aquel camino fúnebre que tuvo que recorrer Luis XVI, desde el palacio de Versalles hasta la plaza de la República, debía más tarde ser recorrido por Sanjust, Couthon Heurríot, Dumas, Bernave, Simón y otros muchos que proclamaron su condenación.

Pero la página más triste y conmovedora de la historia de la revolución es aquella donde aparecen escritos con caracteres de sangre las condenas injustas de Roucher y Andrea Chenier, que como dos ojos acusadores no se han de apartar jamás de aquella mancha imborrable.

Andrea Chenier, el poeta de las heroicas canciones y de los romances inmortales, murió no como un mártir, sino como un acusador. Y al subir al patíbulo pegándose en la frente, exclamó con voz potente estas palabras que hubieran valido una absolución: "Siento que aquí había algo".

Bien lo había presentido Mirabeau al verse amenazado y calumniado por un pueblo, desenfrenado, a propósito de una infame acusación que se le hiciera como traidor a la causa; el eminente tribuno, dirigiéndose a la horda, no pudo menos de exclamar: "¡Oh pueblos, cuando dejaréis de ser pueblos! Es verdad no tenéis vosotros la culpa".

Más tarde ante una picante reconvención del revolucionario Bernave, la cólera de Mirabeau no tuvo límites, con una elocuencia grandiosa, descargó toda su rabia de león, condenada en estas palabras que merecen ser escuchadas, por ser la más monumental de las defensas individuales y la más hiriente de las amenazas:

"Aquí también me querían llevar en triunfo hace pocos días, y ahora gritan por las calles: La gran traición del conde de Mirabeau............

No necesitaba yo esa lección para saber que media corta distancia entre el Capitolio y la roca Tarpeya; pero el hombre que combate por la razón no se considera vencido fácilmente. El que tiene la convicción de ser benemérito de su país, y sobre todo de poderle ser útil todavía; el que no se ciega con una vana popularidad y desdeña los triunfos de un día por la verdadera gloria; el que quiere decir la verdad y desea el bien público independientemente de los volubles movimientos de la opinión popular, ese hombre lleva consigo la recompensa de sus servicios, la satisfacción de sus fatigas y el premio de sus peligros; y no debe esperar su cosecha — su destino — el único que le interesa, el destino de su nombre, más que del tiempo, juez incorruptible que a todos hace justicia.

Que aquellos que desde hace ocho días están profetizando mi opinión sin conocerla, y que calumnian en este momento mi discurso sin haberlo comprendido, me acusen de incensar ídolos impotentes en la hora en que están caídos, o de ser un vil asalariado de los hombres a quienes no he cesado de combatir; que denuncien como un enemigo de la verdad al que la ha servido quizás no inútilmente, y donde sólo podría encontrar su seguridad, aún cuando esa revolución fuese extraña a su ploria; que entreguen a los furores del pueblo engañado al que desde hace veinte años combate todas las oprensiones, que hablaba a los franceses de libertad, de constitución y de resistencia cuando sus calumniadores se arrastraban en las cortes y vivían de todas las preocupaciones dominantes, ¿qué me importa? Esos golpes de abajo a arriba no me detendrán en mi carrera".

Si tan a punto os he recordado estas heroicas frases, no lo hice con el único fin de profetizarlas, pues en mí no cabe el panegírico, y sí inducido por un impulso propio de mi espíritu, porque en aquellas palabras están condensados, todos mis sentimientos de luchador indobiegable y todas mis reflexiones para estudiar y juzgar la conducta de los hombres — que muchas veces sólo corresponden con

ingratitudes y furores inconscientes a los que sacrificáronse por la Causa.

Si bien los sucesos del 93 vinieron a destruir el feudalismo, sometiendo el estado a la unidad constitucional y elevando a los pueblos a una categoría menos humillante; no tuvieron en cambio el resultado garantizable que era de esperar, porque los hombres que prepararon la revolución, no supieron armonizar las causas que la originaron con las consecuencias que debían suceder. Ni tampoco llegaron a comprender que los ideales políticos, desde el más demócrata hasta el más tirano, no definen jamás los principios humanos.

Las luchas políticas sólo arrastran a los pueblos a la desmoralización y crisis más espantosas, porque sucede que los políticos que las emprenden lo hacen inducidos no por impulsos nobles y humanos, sino por tendencias ruines y lucrosas, que especulando en ello hasta el cinismo, sus egoísmos bastardos y ambiciones ruines, concluyen por conservarse en todos sus organismos, para luego inocularse el tóxico de su bilis en el corazón de los pueblos. Pero éstos en el actual estado de cosas no son tan ignorantes para comprender que los reyes y príncipes de todas las monarquías, los politicastros y pillos de todas las repúblicas y los vampiros insaciables de la teocracia, no se yerguen en el pedestal del mando para velar por los intereses del bien público y conservar cristiano o sagrado el espíritu humano; porque según la expresión del filósofo: así como ningún sabio sabe donde empieza la luz y acaba la sombra, tirando en las horas crepusculares una línea divisoria entre la claridad y la tiniebla, todo hombre conoce cuando se aproxima el día o viene la noche.

—Por eso los acontecimientos revolucionarios del 93, no pudieron elevarse a la consideración de un triunfo y sólo fué una ficción para la clase desheredada, que si bien creyó esta vez llegado el fin de la nobleza y la desaparición del clero, no llegó en cambio a pensar que Francia no era el mundo, y que sobre los cadáveres de nobles y sacerdotes debía eregirse la acrópolis de la burguesía que amparándose en las leyes de una constitución relativa y arbitraria, tenían que producirse más tarde los estragos inevitables del hambre.

Santiago Puccio.

Montevideo.

Beneficencia Pagochiquense

De las sociedades de beneficencia formadas por señoras que había en Pago Chico, la más reciente era la de las "Hermanas de los Pobres", fundada bajo los auspicios de la logia "Hijos de Hirán" que le prestaba toda su cooperación. La primera en fecha era la sociedad "Damas de Beneficencia", naturalmente ultra católica y archiaristocrática, como se puede — ¡y vaya si se puede! — serlo en Pago Chico.

Las "Hermanas de los Pobres" se instituyeron "para llenar un vacío" según dijo "La Pampa", y la verdad es que en un principio hicieron gran acopio de ropas y artículos de utilidad, cuyo reparto se practicó no sin acierto entre pobres de veras, sin distinción de nacionalidades, religiones ni otras pequeñeces. Distribuían también un poco de dinero, prefiriendo sin embargo, socorrer a los indigentes con alimentos y objetos dándoles vales para carnicerías, lecherías, panaderías, boticas, — todas de masones comprometidos a hacer una importante rebaja. La sociedad prosperó con gran detrimento de la otra, que ni tenía su actividad ni usaba de los mismos medios de acción, ni aprovechaba útilmente sus recursos. Se hablaba muy mal de esta última. "Las Damas de Beneficencia" no servían ni para Dios ni para el Diablo según la opinión general. Es decir, esa opinión estaba conteste en que servía, pero no a las viudas, ni a los huérfanos, ni a los pobres, ni a los inválidos y enfermos, sino a su digna presidenta misia Gertrudis, la esposa del tesorero municipal, quien hallaba medios de ayudarse a sí misma, no ayudando a los demás, con los recursos que le llovían de todas partes. Pero, eso sí, la contabilidad de la asociación era llevada "secundum arte", limpia y con buena letra, como que de ello cuidaba el mismo tesorero, esposo fiel y servicial.

Tendrían o no tendrían razón de ser las hablillas circulantes, viviría o no viviría misia Gertrudis de lo que se daba — con bastante generosidad — para los pobres; esquilmaría o no esquilmaría el óbolo común; el hecho es que estrenaba anualmente dos o tres vestidos de seda que hacían poner rojas y verdes y amarillas de envidia a la comisaria, a la valuadora, a la misma intendenta; que de cuando en cuando, compraba un nuevo solarcito en las afueras del pueblo; que en su casa no faltaba nunca una copa de oporto de regular arriba, para obsequiar las visitas de cierta distinción, y que no comía mal ni mucho menos en los almuerzos que ella y el tesorero daban a sus amigos, enemigos más bien.

Porque si no nos equivocamos, en todo el pueblo no había una

persona que no hablara peste de la tesoreril pareja, hasta entre las que más la festejaban. Claro está, entonces, que "la calumnia fué creciendo" y no tardó mucho en llegar a los propios oídos de la mismísima misia Gertrudis, en alas de la voz pública representada esta vez por una vieja pagochiquense, infatigable en la tarea de llevar y traer chismes y habladurías. Doña Dolores, enemiga a muerte de misia Gertrudis la despellejaba implacablemente, pero fingía ser su amiga, y hasta puede que lo fuera en el instante en que conversaba con ella.

Un día, pues, no resistió al deseo imperioso de contar a la interesada cuanto se decía en el pueblo, unas veces en voz baja, otras veces a gritos.

—Usted que es una señora decente, esposa nada menos que del tesorero municipal, no debe dejar que hablen esas cosas de usted, y darles una lección.

Misia Gertrudis la escuchaba furiosa,no interrumpiéndola sino con dicterios dirigidos indistintamente a todos los notables de Pago Chico. La presidenta no dejó de rabiar desde entonces. Loca de ira y de indignación llegó hasta jurar que presentaría su renuncia — cuya sola enunciación la hacía estremecer — y declaraba a voz en cuello que lo único que no podía soportar era la ingratitud, la injusticia de que se la hacía víctima inmaculada y dolorosa.

—¡Calumniarme a mí, a mí!... ¡A ver si hay una sola de esas hijas de una... tal por cual, que sea capaz de "administrar" tan bien como yo! ¡Que vengan, que vengan a examinar mis libros!...

Y ostentaba los modelos de caligrafía pacientemente ejecutados por su marido; pero allá en el fondo, su conciencia hacía un balance que nunca se habría atrevido a presentar, ni a esas ni a otras damas cualesquiera, y le imponía la visión, como implacable libro diario, de los kilos de carne, de yerba, de azúcar, de arroz, de fideos y los litros de leche, de vino, de aguardiente, de aceite, de petróleo que debía a los pobres. E imaginábase que entre ellos se erguía la figura odiosa y acusadora de su colega la presidenta de las "Hermanas de los Pobres", esa "masona" que solamente por vil espíritu sectario, por hacer daño a la iglesia y a los católicos y a Dios mismo, llevaba sus libros peor escritos sí, pero con arreglo a la verdad.

Una mañana mister Kitcher, el acopiador de frutos del país, un inglés que nunca se ocupó de saber lo que ocurría en el pueblo, le envió un donativo de bastante importancia para el objeto, sin sospechar que aquel dinero pudiera extraviarse antes de llegar a su verdadero destino.

Misia Gertrudis había notado aquel día, no sin pena, que el bolsón de terciopelo cerrado por un cordón de seda, en que guardaba "aparte" el dinero de los pobres, estaba completamente vacío, sin el más mínimo resto de limosna. Es de imaginar, con

cuanta satisfacción recibió la de mister Kitcher, y el buen humor con que su hubiera puesto a coser la bata — que proyectaba lucir en la próxima función que a beneficio de la sociedad iba a dar en el circo la compañía acrobática, del celebérrimo Tomate IV — si hubiera podido apartar de la imaginación el recuerdo de las comprometedoras habladillas y el encono cada vez mayor que sentía hacia las "Hermanas de los Pobres", sobre quienes hacía llover las maldiciones de más grueso calibre. Así es que apenas se sentó y sin advertirlo, se puso a murmurar dicterios enardeciéndose cada vez con el propio rumor y la propia ponzoña de sus rezongos.

—Aquí le manda esto el sastre, — díjole la chinita Petrona, cuando apenas había dado dos puntadas.

Era la cuenta de una compostura de ropa de su marido y del arreglo de la levita negra para el "Te Deum" del nueve.

—A ver, dame... ¡Ah, sí, ya sé! — exclamó misia Gertrudis, tomando el papel que Petrona le presentaba y devolviéndoselo acto continuo. — Decile que vuelva el sábado... Ahora estoy muy ocupada.

Pero en ese instante recordó la ofrenda de mister Kitcher, cuyo dinero tenía aún en el bolsillo, e iluminada por súbita inspiración — ¡lo que puede la costumbre! — bolsiquió por la manera, asió el bolsón de terciopelo, e inmovilizó a la chinita que ya iba a salir, gritándole:

—Espérate.

Muy grave, con una gravedad que imponía como siempre, respeto, añadió:

—No le digás nada. Tomá...

Y sacando los cuatro pesos que importaba la cuenta, los dió a Petrona que corrió a entregárselos al cobrador del sastre, — mientras la señora, reanudando el hilo de sus pensamientos y el curso de sus impresiones murmuraba indignadísima entre dientes:

—¡Pícaras! — ¡Sin vergüenzaz! ¡Sospechar de que robo, yo, yo! ¡Quisiera que estuvieran un momento en mi lugar, para ver las cochinadas que harían...

Pero se arrepintió de haber invocado tan peligrosos testigos, y, paseando la mirada recelosa por el cuarto, tanteóse el vestido, a ver si el bolsón de terciopelo continuaba en su sitio para seguir socorriendo a los pobres acreedores.

Roberto J. Payró.

La Revolución Francesa y la Revolución Rusa

UN PARALELO

La historia es historia de las luchas de clase. La Revolución es la culminación de la lucha de clase, y la historia, por consiguiente, es al propio tiempo una historia de las revoluciones, de épocas cataclísmicas en que los antagonismos de clase se inflaman en una acción revolucionaria y decisiva. En estas grandes crisis de la historia universal, los aspectos corrientes de la lucha de clase adoptan una expresión violenta, catastrófica, que se convierte en guerra civil, y en los agostadores y magníficos solevantamientos de la Revolución.

Toda revolución, en su tiempo, ha sido juzgada como el fin de todas las cosas, como un retorno al salvajismo, como un terrorismo rapaz de hombres convertidos de nuevo en brutos primitivos; y después de cada revolución, los "excesos", estigmatizados anteriormente, toman sus justas proporciones y la revolución es mirada como una expresión fundamental, dinámica del progresivo y ascendente desenvolvimiento del mundo.

La Revolución Francesa es un gran ejemplo de las revoluciones en la historia. Los antagonismos de clase contra clase tomaron implacablemente un carácter revolucionario, y la Revolución despertó nuevos y más violentos antagonismos, el curso de la Revolución se hizo más violento y despiadado, hasta que toda ella apareció en la superficie como una sangrienta locura de asesinatos y cruel terrorismos. La culminación de este proceso fué el Terror, que el mundo de aquella época — esto es, el mundo de la aristocracia y del privilegio — caracterizó como la gran infamia de los siglos; y sin embargo, hoy el historiados declara que el Terror, tan calumniado y aún más incomprendido, salvó la Revolución.

Al ser derrocada la monarquía y al recibir un golpe de muerte las relaciones feudales de la sociedad, la revolución burguesa estubo al borde de realizarse definitivamente; pero los antagonismos resultantes despertaron el temor de la burguesía, y vaciló, dió largas, contemporizó. Marat y los jacobinos, representantes del inmaduro proletariado y realmente los grandes hombres de la Revolución, recurrieron a las medidas radicales del Terror, por igual contra la burguesía y la nobleza, para proseguir la Revolución contra toda oposición. Fué enorme la antipatía provocada en Francia por la Revolución, y violenta la oposición; pero

la oposición y la antipatía no se confinaron a Francia: el mundo entero de la aristocracia y del privilegio se levantó contra la Revolución. Al bordear la Revolución el éxito, se realizaron sus aspectos internacionales; se conseguía aniquilar la monarquía y los privilegios feudales en toda Europa. Europa, la Europa aristocrática y la "Inglaterra comercial" lloraron la "anarquía" de Francia, condenaron el "asesinato en masa", ultrajaron a Marat y los jacobinos -- y aún a los conservadores revolucionarios como a furias en formas humanas, enemigos de la civilización y azote de la Humanidad. Intrigas, corrupción, propaganda de los emigrados, organización de complots contrarrevolucionarios, a todo esto recurrieron Inglaterra, Prusia, Rusia y Autria, para aplastar la Revolución Francesa desde dentro, a través de la acción del pueblo francés; y cuando fallaron estas maniobras, cuando la Revolución triunfó a despecho de todos y de todo, la Europa monárquica intentó la "intervención" en Francia para aplastar la Revolución con fuerzas extranjeras. La réplica de la Francia revolucionaria fué la maravillosa serie de guerras revolucionarias y las conquistas de Napoleón. Los antagonismos nacionales engendrados por la revolución se hicieron internacionales; la lucha de clases de la burguesía contra la clase feudal, sostenida dentro de Francia por medio de la revolución y de la guerra civil, se hizo una lucha internacional de clases, sostenida por medio de las guerras revolucionarias que provocó la "intervención" de esa Europa feudal y monárquica amenazada por la Revolución Francesa.

En Waterloo, la Revolución Francesa, expresada objetivamente en Napoleón, quedó derrotada militarmente. La derrota fué sólo objetiva, no subjetiva. Metlernich y el Concierto de Europa, particularmente la "Santa Alianza" creyeron que las ideas revolucionarias de Francia habrían sido vencidas y restaurada la reacción monárquica. Fué un error característico. La Francia Revolucionaria fué vencida en gran parte por las ideas nacionales y por las condiciones y necesidades burguesas que desarrolló en Europa con sus conquistas militares. Y los propósitos fundamentales de la Revolución Francesa el derrocamiento de la monarquía absoluta y del dominio feudal, la introducción del sistema parlamentario democrático, la supremacia económica y política de la clase capitalista, y el establecimiento definitivo de la nación, vencieron finalmente en Europa. Pero en el período de transición, la Revolución fué calumniada por eruditos e historiadores, que la presentaron como el crimen de los siglos, como una insensata orgía de pasiones primitivas, y la historia inglesa, durante años después de Waterloo. denominó a Napoleón el "ogro corso". Sin embargo, después que las ideas de la Revolución ganaron ascendencia, después que las principales naciones del mundo emergieron definitivamente como repúblicas burguesas, parlamentarias como naciones democráticas, el predominio de la burguesía modificó los concep-

tos vigentes de la Revolución. Hoy, y desde hace años, la Revolución Francesa ha sido aceptada, sin prejuicios ni tergiversaciones, como un acontecimiento realmente grande en la historia del mundo.

La Revolución Rusa, en su determinante fase proletaria, es un acontecimiento incomparablemente más poderoso que toda revolución anterior: más grande en su magnitud y en su sentido último que la Revolución Francesa. Napoleón vió en Rusia la amenaza que podría hacer cosaca a toda Europa; hoy, el capitalismo ve en la revolucionaria República rusa de los Soviets el peligro de que pueda hacer a Europa y al mundo socialistas. Evidentemente, los antagonismos nacionales e internacionales producidos por la revolución proletaria en Rusia son, por necesidad, más intensos que los antagonismos de la Revolución Francesa. "Esa" fué una revolución burguesa, una revolución que anuló una forma de gobierno de clase y de tiranía para establecer el de las clases capitalistas; no fué una revolución social fundamental, sino abrumadoramente política en su alcance. "Esta" es una revolución proletaria, el "principio" de la Revolución social internacional contra el capitalismo, cuyo propósito no es una reconstrucción política, sino una reconstrucción intensa, económica y social de las bases del mundo. La Revolución Francesa aniquiló una forma de los derechos de propiedad, la feudal, para introducir otra forma de los derechos de propiedad, la burguesa; la revolución proletaria de Rusia se propone destruir los derechos de propiedad burguesa, la propiedad privada y su sistema de opresión de clase — término de la explotación del hombre por el hombre y de la clase por la clase.

Esta es la Revolución, la acción inicial de la Revolución Social del proletariado internacional contra el capitalismo y en pro del socialismo. El capitalismo internacional ve su gran enemigo en la revolución proletaria de Rusia y en la República de los Soviets: el capitalismo y el imperialismo obran en consonancia. En este aspecto, es evidente el paralelo con la Revolución francesa: se estigmatiza a los bolseviques como perpetradores del "asesinato en masa", como los enemigos de la civilización, como creadores de la anarquía — según el concepto tirano burgués — como brutales tiranos: el mundo, el mundo burgués de la tiranía e hipocresía de clase, está contra la Rusia revolucionaria y proletaria. Los años venideros harán visible el otro paralelo: cuando Europa y el mundo surjan al socialismo, organizado sobre la base de la República de los Soviets, entonces el mundo admitirá lo que hoy sólo los socialistas de avanzada visión contemplan: que la revolución proletaria de Rusia es más poderosa que la Revolución Francesa, la mejor en toda la historia, puesto que inicia el advenimiento del socialismo universal.

Luis C. Fraina.

¡YO ACUSO..!

También yo **acuso a los ricos**, ¡oh trabajadores! de haberos robado y de consumir todos los días el patrimonio que os pertenece. Ellos toman la parte del león en el banquete que el trabajo secular de las generaciones actuales afrece a los hombres de nuestra época.

En los campos infinitos, ricos de mieses sazonadas por el sol y fecundadas por la ciencia universal, esos bandidos no os dejan después de la cosecha sino unos pocos productos y para esto despreciables. De la maravillosa riqueza producto de vuestro trabajo en los vastos talleres, esos usurpadores no os dejan sino la porción indispensable para prolongar vuestra agonía hasta el día en que vuestros hijos hayan de sustituiros. De las casas que vosotros habéis edificado, esos rapaces no os dejan — y todavía previo pago — sino los rincones donde vosotros vais a reparar malamente las fuerzas desgastadas en sostener su ocio y a recuperar las energías necesarias a la perpetuación de su lujo.

Con el prestigio de la Bolsa antro del bandidaje burgués, fiel imagen de los castillos feudales, estos Dioses del lujo atraen al imprudente que se arriesga en sus especulaciones y lo desbalijan.

Estos hechos son innegables, y yo digo que constituyen otros tantos delitos.

Acuso a los gobernantes de haberos despojado de la libertad, como los ricos os han despojado del bienestar. Esos se valen de bajas mistificaciones con objeto de subir la escala del poder. Esos se mantienen arriba a fuerza de malicia y embustes. Esos adormecen vuestro descontento con promesas irrealizables. Esos con vuestra fe y vuestra confianza insensata en ellos hacen una defensa contra el peligro de la rebeldía. Esos arrojan en el amplio cauce de nuestras esperanzas en un porvenir menos doloroso las represiones en bloque y los asesinatos. Esos especulan sobre vuestra crédula resignación para recoger la generosa vendimia que los espoliadores ponen a su disposición para sus liviandades y sus orgías.

Estos hechos son ciertos, y yo digo que constituyen otros tantos delitos.

Acuso a magistrados y legisladores de consagrar la usurpación de los ricos y el despotismo de los gobernantes. Los legisladores extienden un velo hipócrita sobre la concupiscencia de los primeros como sobre el despotismo de los segundos.

Los magistrados sancionan el régimen del hurto y la opresión de los esclavos. La ley formula la prohibición; el tribunal aplica

la pena. Las prisiones sofocan los gemidos; los calabozos llenan el mundo de imprecaciones; el patíbulo es el supremo argumento del más fuerte contra el más débil.

Estos hechos son incontestables, y yo digo que son delitos.

Acuso a los asesinos sistemáticos, de vivir de la muerte de los otros. Ellos encarnan en nuestro siglo que debiera ser de paz y prosperidad el retorno a los tiempos de la ferocidad y de la muerte. Esos edifican su gloria sobre ruinas; sus conquistas son de sangre, y sus triunfos de agonía.

Sus victorias se cuentan por el número de viudas, de los huérfanos, de los ancianos a quienes la muerte arrancó violentamente los seres queridos y vigorosos que proveían a su existencia.

Estas cosas son verdaderas, y yo digo que constituyen tantos delitos.

Acuso a los hombres de iglesia de pervertir las conciencias, entenebrecer el cerebro, castrar la voluntad. Sacerdotes de todas las iglesias, defensores de todos los dogmas, propagadores de todas las fes, conservan y mantienen con sus engaños e hipocresía la mentira secular sobre que descansa la supremacía de los poderosos y la opulencia ociosa de los potentados. Ayudados de sus cómplices, los moralistas y los falsos filósofos, se apoderan de la inteligencia rudimentaria del niño, de la imaginación rústica de la mujer, del mezquino discernimiento del ignorante, de la razón vacilante del anciano, para fundamentar y sostener sobre la humanidad ingenua y supersticiosa su reinado oprimente y tormentoso.

Estos hechos son exactos, y yo digo que constituyen delitos.

Acuso a los educadores del pueblo de prostituirse a la mentira de los sacerdotes, a la ferocidad de los militares, a la iniquidad de los magistrados y de los legisladores, al despotismo de los gobernantes, a la avaricia de los ricos.

Los sabios venden su ciencia, los profesores su enseñanza, el periodista sus artículos, el escritor su pluma, el articulista su talento. Todos ellos sólo ven en el hecho que tienen por móvil un medio para conquistar la celebridad y la fortuna.

Estos hombres que beben todos los días en la fuente vivificante del arte y de la ciencia, son traidores a su misión, porque en lugar de elevarse al ideal humano, en lugar de desarrollar el gusto público, de refinar las tendencias estéticas, de favorecer la investigación y cultivo de la Bello y de lo Verdadero, se inclinan ante el prejuicio, se uniforman en la corriente, respetando métodos falsos y siguiendo procedimientos irracionales.

Para que les sean acordadas condecoraciones, para que los halagos largamente pagados los tengan por objeto, para que los grandes periódicos los admitan en sus redacciones, para que las puertas de Institutos y Academias les sean abiertas, para que los salones acojan y aplaudan sus obras, estos falsos educadores no se

aprestan en modo alguno para apartar la época presente del contagio de la época que muere en la putrefacción.

Estos hechos son verídicos, y yo afirmo que equivalen a delitos.

Detrás de esta banda de malhechores que componen la turba de los así dichos maestros, yo veo y **acuso la institución** de la cual sólo son la expresión y el instrumento.

Acuso: La Propiedad individual, el Estado, la Magistratura, la Ley, el Ejército, la Religión, la Enseñanza, la Prensa, Principios, instituciones, creencias; todas estas fuerzas sociales proceden de una misma fuente generatriz: **la autoridad.**

Es entonces a la autoridad, en todas sus manifestaciones y bajo todas formas, a quien yo acuso, a quien hago responsable de los delitos atroces que voy enumerando.

Ya otros hombres han formulado esta acusación, pero por haber dado a la expresión de su pensamiento una forma "menos pacífica", algunos han pagado con la vida este acto revolucionario, algunos otros expían en las cárceles el delito de haber denunciado las trampas de los banqueros, de haber estigmatizado los vicios de los gobernantes, haber deplorado la injusticia de los magistrados, la hipocresía de los sacerdotes y los instintos sanguinarios de los guerreros.

Frente a la multitud que vive en una desolada inconsciencia, nosotros somos todavía un puñado.

Pero con el ardor de nuestras convicciones, con la constancia de nuestros esfuerzos, suplimos el número.

En el memorable proceso que se desarrolla ante el tribunal de la Historia los anarquistas se erigen en acusadores.

Hasta ahora aquellos de los nuestros que poseían mayores y mejores requisitos han pagado con su libertad su generoso atrevimiento. Esos pueblan las prisiones y los calabozos. Pero la acusación no está abandonada. Ella se levanta valerosa, atrevida todos los días, a todas horas, a todos los instantes, en todos los puntos del mundo civilizado.

Las voces acusadoras cruzan los ríos, pasan las montañas, atraviesan los océanos.

El acta de acusación ya tan formidable se enriquece constantemente con nuevos documentos abrumadores para nuestros adversarios.

Los niños que faltos de nutrición mueren o se desarrollan mal, los adultos a quienes la miseria atormenta, los ancianos que se suicidan por hambre, son otros tantos testimonios que se levantan contra la sociedad actual.

Abrumadores son también los testimonios de los jóvenes diezmados por el flagelo de la guerra, de aquellos desgraciados que los tribunales han destrozado, de aquellas mujeres que la miseria

arroja a la prostitución, de aquellas pobres criaturas que los padres secuestran en las prisiones domésticas, pajarillos encerrados tras acerada jaula, de todos a quienes la impostura oprime y la religión embrutece y aterroriza.

Son innumerables, en fin, todos aquellos que sufren, para quienes la vida es un continuo, espantoso martirio, y que luchando desesperadamente contra la fatalidad, no recogen sino dolores.

Estas infamias, estas torturas, no son de ayer, se remontan a una época tan lejana, que, por su antigüedad, han adquirido la apariencia de una existencia eterna.

¡Error! La miseria, la ignorancia, la opresión, son males inherentes a las condiciones en que se ha producido el desarrollo de la sociedad actual. Pronto vendrán los días de la abundancia, de la ciencia, de la libertad.

¡Ah, que se levante pronto el sol sobre generaciones sanas, felices, atrevidas! Con viril acento de reivindicación, todas las víctimas de las instituciones presentes se rebelarán contra el gran mal que las oprime — **la autoridad** — y de todos los pechos surgirá potente este grito:

¡Yo acuso!...

Sebastián Faure.



La vuelta del Pequeño

Desde que se fué el "pequeño" a América, hiciera o no frío, arando la tierra, sembrando el trigo y recogiéndolo, todos los días le eran iguales. Cuando caía la tarde se daba vuelta hacia el poniente, mirando todo lo largo de la carretera, con la vista parca, a pesar de aquel iris ensanchado, y el cuerpo encorvado sobre el palo del azadón. Era viejo, ya bastante senecto, porque viejo era cuando se fué el pequeño de diez y siete años a quien hacía quince que, día por día recordándole, le esperaba. Y un otoño venía y se iba para volver y tornarse a ir, lo mismo que otro y otro después. Y el pequeño nada, no venía!...

Un invierno rabioso, de grandes nieves, que desde Navidad hasta aquel día de febrero habían caído sin cesar, cubriendo todo el campo de aquella gruesa sábana fría, helada como el hálito de la secular muerte, se encontró la pobre vivienda del viejo, el caserío, con las provisiones agotadas. Y no había más remedio: de dos vacas una debía de morir. ¡Y ambas tan buenas como eran, sin hacer ningún mal al mundo, sin tan siquiera haber pretendido ser burguesas ni burócratas! Era lógico, pero se optó por la más joven que era una coloradita de ojos muy mansos y muy grandes, porque nadie se habría atrevido, nadie habría tenido corazón a meter el cuchillo en el cuerpo de aquella negra, otra vaca vieja que nació, justamente, el mismo día que aquel pequeño por tantos años ausente. Y esa resolución sangrienta no la quiso el viejo ni saber a qué momento se ejecutaba, porque cada vez que tal sucedía, siempre aparecía algún hambriento por el camino, ya un obrero expulsado de los pueblos azotados por la miseria, ya un campesino huérfano, macilento y ojeroso, que solicitaba trabajo de aquí para allí, ya algún vagabundo, perdulario y andrajoso, que el hambre torcedora le arrastraba hacia las gentes de que huía. Y eso, al pobre viejo, le rajaba de pena el velludo y arqueado pecho, mientras les llenaba el vientre y las albardas, si las llevaban, de provisiones, echándoles a veces algunas escupidas de filosofía natural:

—¡Tomad, tomad! ¡es muy posible, hijos míos, que todo lo que yo tengo de más sea de otros!... ¿cómo se ha de permitir que unos tengamos y otros no? ¡Es imposible, no sé por qué, pero es imposible! Dios no ha podido hacer así al mundo: unos cada vez más ricos, mientras que otros cada vez más pobres. ¡Tomad, tomad!

La coloradita fué desollada. Pero el viejo, antes que dieran principio al "animalicidio", salió con su azadón al hombro. ¿Para

qué tal herramienta? Desde que enviudó, el cariño del hijo, el pequeño que no volvía aún con o sin la América en los bolsillos, era el pan de su corazón; y el azadón, con su acerado filo y su trabajo, el pan de muchos vientres tragones que había que satisfacer. Sí el pequeño se fué, ¡ah! el azadón no se iría; y por eso, mientras los pies sostenían aquella hermosa osamenta, que ya se encorvaba de vetustez seca y apenada, el instrumento-pan, de aquel hombro y aquella mano apellejados, no se caía. Y andaba el viejo. ¡Qué dura estaba aún la nieve! ¿Y la carretera? ¡Dios de Dios! La carretera no se veía, cubierta por aquel blanco sudario, lechoso y frío, que recrudecía en su desolación de fin hibernal. La tierra les daría el pan muy tarde, y quizás malo, si seguían con tan poca formalidad los tiempos. ¡Qué contornos más tristes! ¡Todo era blanco y frío! En aquel fondo noroeste, allá donde nacía el camino, amortajado ahora, se veía siempre una techumbre obtusángula, negra, que era la estación del tren; pero entonces se perdía con lo blanco de la nieve. Por el sudeste, en sentido opuesto al caserío, había un roble, árbol gordo, "plantado en MCXC", y que un círculo de ocho hombres tomados de la mano apenas lo abrazaban; a ese sí, algo se le veía, pendiendo de sus ramas bandas y copos de nieve, todo torcido, como en una contorsión agónica de gigante que sucumbe. Y aquel caserío, tapizado de hebras de leche, parecía, como si se achatara más y más, para desaparecer en aquel obsequio del invierno, la vasta sábana nívea que lo cubría todo, la campiña, la estación, el árbol y la vivienda. ¡Y qué cielo tan nostal, tan cansado! ¿Cuándo saldría el sol? ¿Y la vaca coloradita, estaría ya desollada? ¡Pero, Dios de Dios, quién además que ellos, comería de aquella carne! Porque era inevitable; cada vez que se preparaba carne salada, algún desheredado aparecía. Y de allí jamás, nunca se fué nadie sin llevarse asegurada la comida para dos o tres días; y menos en el invierno, porque en el campo se vive cerca de la Naturaleza, cerca de Dios, que inspiran más solidaridad humana que en las ciudades. Y allí nadie pregunta al hambriento por qué no aprendió a derrumbar ministerios o por qué se emborracha cuando está apenado: como porque debe de comer, y eso basta.

El viejo seguía, monologando, mirando a toda la carretera y pensando, a vuelta de recuerdo, en el destripamiento, terminado, de la vaca. Sintió más frío que el exigido a sus años e iba a levantar el pecho que sobre las manos puestas en el mango del azadón descansaba, e irse. Pero descubrió en el camino una mancha negra, luego la silueta de un hombre con una criaturita de la mano, y, ya no le cupo duda: aquellos traerían probablemente, hambre, y venían a participar de la vaca. Perfectamente. Comerían como era justo. Quiso adelantar hacia el viajero. ¡Pobre! ¡qué rostro traía! ¡y qué miseria la que arrastraba!... Una niñita de unos cinco años, descalza por la nieve, con una cara descolorida

por la temprana clorósis, con los cabellos rubios, empujados por el viento, que comenzaba a levantarse, hacia adelante, con la mirada triste, de vaga somnolencia, y las ropitas de mal abrigo marcándole los huesos de su dorso. ¡Por Dios de los dioses, qué mirada! ¿Y él, el que la traía de la mano, pues, no podía cargarla en brazos? No, no podía, Era alto, delgaducho, aunque de grande esqueleto, descalzo lo mismo que la chica y lo mismo que ella con unas ropas pobres, de ningún color. ¡Oh, aquello era imposible! ¡ningún hombre llegaba a aquel estado! Tenía barba larga, gris, enredada y húmeda, y vestía un gorro de marinero inglés. Se sintió que tosía y escupía algo rojo; sus carnes eran pálidas, se inclinaba fatigoso para andar y se le conocía que jadeaba...

Aquel viejo que se adelantaba diagonalmente al caserío para llegar antes o junto a los viajeros, mientras les observaba en tanto detalle mísero, iba iracundo: ¿de veras, eh? ¿la injusticia de los que se halló en la carretera, desde donde viniese a pie, llegada hasta tanto, eh? ¿con que entonces había de creerse en que las cosas de este mundo andaban en una forma tan exageradamente enteca, eh? ¿con que entonces, eh?... ¡Dios de Dios!

Y levantó el azadón, amenazante, hacia alguien que, en medio de aquella desolación nevoso, no se veía: ¡Dios de Dios! El desconocido fué a hablar, pero le acometió un acceso de tos tan fuerte que dió lugar a que el buen viejo le dijese que ya sabía: sí, sí, pedía hospitalidad y pan:

—¡Adelante, adelante, que el viento se levanta fuerte!

Y el viejo se quería hacer más fuerte que el viento, pretendiendo ocultar su congoja: ¡adelante, adelante! Abrazó su azadón y la chica juntos y entraron los tres, o los cuatro si contamos la herramienta aquella más útil en la vida que muchas instituciones. Y todos se sentaron, menos la pobre niña cuyas articulaciones heladas, muertas, necesitaron el calor de unas frotaciones. ¿Cómo venían así? El volvía "del otro mundo", adonde trabajó década y media, aunque con todos los inconvenientes que se trabaja en Europa, aquel otro mundo igual al que dejaba, sí, igual, igual. Siendo el ahorro imposible no pudo acumular pan, es decir, no pudo hacer dinero, América, para decirlo pronto. Hélo ahí casi todo. Pero no, faltaba todavía. El desconocido tenía un viejo, su padre que le abrazó al partir, mientras le decía:

—¿Vuelve, eh? ¡vuelve!...

Y como nunca ganó cien y pico de pesos para el retorno, y los años pasaban y al viejo que le gritó "¡vuelve!" debía verle antes de que la senectud se opusiese, entró de marinero a bordo de un buque que no le pagó nada, a excusa de que la chica, su hijita aquella, comió como cuatro... exigiéndosele que pagase el déficit o hiciera otros dos viajes. ¿Pagar él? ¿y cómo? Le dijeron que si no lo hacía así no bajaba a tierra. Los pillos aquellos merecían matarles, pero él tenía una hija y aquello no era posible: y se

pusieron las más leves ropas y se tiraron al agua, de noche, y anduvieron las ocho leguas a pie y descalzos desde que pisaron tierra, y allí estaban ahora.

El desconocido miraba fijamente al buen viejo que hablaba de comer y emborracharse todos para no maldecir tanta injusticia.

—¿Y en esta casa no se espera la vuelta del pequeño?...

Luego hubo el desorden de las gentes inconvencionales, el caserío se dió vuelta con aquel huracán de alegrías y hasta la clorósis de aquella pobre niñita se reía... ¿Con que en América costaba vivir como en Europa u otra cualquier parte, eh? ¿Con que las proles se amontonaban, para hacer y deshacer la América, en los tugurios, eh? ¿Con que había hambrientos que pedían el pan a la caridad pública o al delito y se les llamaba "plagas sociales", eh? ¿Con que sí, eh, había injusticias en toda la tierra? ¿Y allí, en América, lo mismo, eh?

—Lo mismo, papá.

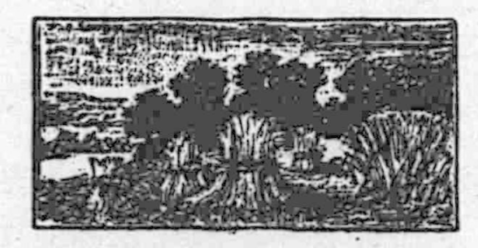
El papá, aquel buen viejo, cogió el azadón; y mirando por la ventana lo movió otra vez amenazadoramente, por sobre aquel campo yermo y muerto que suspiraba con el viento terribles represalias. ¡Devolverle así el pequeño, hecho un trapo viejo de puras penas!

—¡Oh, algún día, algún día!...

Pero se asomó un poco, sólo un breve momento, por entre aquellas nubes hastiadas, el sol, que se rió y entróse rápidamente, después de haber iluminado con su risa la cara de aquel corvo viejo.

—¡Oh, algún día, algún día!...

Félix B. Basterra.



CRÓNICA EUROPEA

Para "Vía Libre".

Las notas periodísticas de distancia por correo resultan algo pobres, porque la prensa diaria las ha dado más o menos reales por medio de sus agencias telegráficas. Además en una revista mensual y de reducido tamaño ha de dejarse mucho de lo que sería útil decir para dar todo su valor y objeto a la cosa.

Vamos, sin embargo, a intentar hacer una reseña de la marcha general del movimiento obrero y revolucionario europeo, no sin que las primeras crónicas dejen de adolecer de defectos, porque después de tantos años que una censura imbécil nos forzó al silencio, parece que hasta hemos perdido el gusto de escribir y nuestra organización de notas está olvidada.

Empecemos por Portugal, ya que es un extremo de Europa.

Portugal, como el resto, despierta. Siempre hubo en Portugal buenos compañeros, buenos periódicos y buenos propagandistas, pero después de la guerra el obrero en general ha despertado y los obreros portugueses tienen, además de 27 órganos semanales, quincenales o mensuales, un diario que se sostiene más de un año a despecho del gobierno y de la burguesía. "A Batalha", ha sido reconocido por la prensa enemiga diaria, que en el primer año de vida se ha conquistado el tercer lugar, por su importancia, en la prensa diaria portuguesa. Y en este elogio no se cuenta la parte ideal que desde que apareció ocupa el primer puesto.

Además, nuestros compañeros de Oporto han cambiado el nombre de "A Aurora", que tan buena labor ha hecho durante varios años, por "A Comuna", con cuyo título aparece un semanario que recomendamos a cuantos conozcan el portugués y que esperan convertirlo en diario dentro de poco.

Los movimientos obreros han sido importantes; huelgas generales de ferroviarios, de correos, telégrafos y otras tan generales que más de un mes hemos estado sin recibir correspondencia.

Pasando a España diremos que es el país donde los Arbués y Torquemadas siguen dominando.

La rebeldía obrera no decrece, pues es rara la población importante que no haya tenido su huelga general.

En Barcelona hay lo menos 2000 presos, la mayoría presos meses y meses sin proceso, sólo porque son anarquistas o sindicalistas. El gobernador, que es conde y borrachín a la vez, (dos únicos títulos) — acaso me equivoque, tiene además el de sinvergüenza e ineducado — es un lacayo de los patronos. Así éstos

intentaron un Locg-out que duró nueve semanas, gracias a la torpeza del Comité de la Confederación Nacional del Trabajo. Este Comité que ha dicho siempre que los obreros no ganaban suficiente para comer, le dió por recomendarles que resistieran sin emplear la violencia, porque los enemigos querían llevarle a tal terreno para asesinarles, etc. Pero esos señores enemigos de los cargos retribuídos, se habían ellos asignado buenas pagas, amén de otros gajes que no es el caso hoy y, podrían resistir, ya que la lucha sostenida era por la cotización.

Se atentó contra Graupera, presidente de la Federación potronal; ¿quién? no se sabe y ese fué el pretexto de justificación de las prisiones. Pero de no haber existido ese pretexto se hubiera inventado otro. El Comité de la Confederación es innegable que no ha estado a la altura que las circunstancias exigían y aunque todo el mundo puede cometer errores de buena fe, cuando éstos contradicen las prédicas de siempre, esos errores son sospechosos.

De la prensa, la mayoría está suspendida. "Tierra y Libertad", hace más de un año que la suspendieron para no someterla a la censura previa. Su imprenta ha sido cerrada por las autoridades.

Yo sólo recibo "Solidaridad Obrera" de Bilbao, semanal sindicalista y por el que sé que se publican otros periódicos sindicalistas y anarquistas, en Sevilla, Coruña, Valencia, Cádiz, Asturias y otros.

Ahora a Francia ¡Ah, Francia! país de la Liberté, Egalité et Fraternité. ¡Qué grosería!

En este momento hay un movimiento obrero que no puede predecirse dónde llegará. En manos de malos pastores, no llegará muy lejos.

Hace poco tiempo que los ferroviarios tuvieron un congreso nacional y el Comité, "que había hecho su emancipación individual y roto los traseros de los pantalones en las salas de espera de los ministerios", (palabras pronunciadas en el Congreso), fueron substituídos de sus puestos por otros que se decían más revolucionarios y hasta internacionalistas.

Y llega el 1.° de mayo y éstos internacionalistas decretan la huelga general ferroviaria por la nacionalización de los ferrocarriles y cosa extraña, no sólo los nacionalistas se oponen a la nacionalización que predican los internacionalistas, sino que la línea nacionalizada es la que cuenta más huelguistas. Lo que dice que el patrón Estado y el patroón burgués, son dos enemigos del obrero y es un error luchar por uno u otro.

La dirección suprema de la huelga no reside en los ferroviarios, sino en el Comité de la Confederación, que quiere discutir con el gobierno de potencia a potencia.

Y como en la Cámara hecha por Clemenceau y Millerand, hay 127 millonarios, muchos montados a este rango con la muerte de

carca de dos millones de franceses, se comprenderá que el obrero francés está en un camino sin otra salida que la Revolución, que desde algunos años odian los directores del movimiento. Estos, para forrar al gobierno o parlamento, han decretado las huelgas de mineros, dockers, inscritos marítimos, edificación, electricidad, gas, etc., que han respondido en número insuficiente.

De todos modos el movimiento que dura dos semanas tiene gravedad y de un momento a otro podría adquirir mayor, si cierran los oídos a las sirenas de la "tranquilidad". El resultado no se puede afirmar al hacer estas líneas, pero cualquiera sea tendrá el mérito de solidarizar a los renegados del Comité de la Confederación con sus enemigos de hace tres semanas de la Federación ferroviaria.

El gobierno de Millerand, que no deberá olvidarse que fué el primer socialista que se cramponó a un miniesterió, y quien subió a millonario liquidando las congregaciones religiosas, ha perdido la cabeza y ha apresado a granel e inventado un complot contra el Estado e intenta disolver la Confederación General del Trabajo. Verdad que por los beneficios que reporta desde 1914, que exista o no la Confederación poco importa.

Ahora Italia. Aquí también hay un movimiento obrero, que tiende a apoderarse de la tierra y de las fábricas. Pero dolorosamente en Italia hay muchos diputados socialistas, que desde luego son los más enemigos de la Revolución.

Cierto que durante la guerra el Partido Socialista italiano ha sido el más honrado; pero esto no quiere decir que sean revolucionarios en el verdadero sentido. Claro que para el hecho revolucionario hallaremos elementos en los Partidos socialistas de todo el mundo, pero no entre los disputados.

Malatesta, que como se sabe dirige el diario "Umanitá Nuova", y que creía podía ir del brazo con los socialistas, se ha convencido de esta imposibilidad, o al menos ha perdido algo su fe.

De todos modos en Italia como en los demás países la cosa marcha.

En Alemania se creó el Partido Comunista del fracaso del social demócrata. Pero no sé que mala mosca picó a algunos que ayudaron al doctor Kapp en su golpe de Estado y los rusos los han barrido de la Internacional Comunista. Yo espero que los alemanes vendrán al buen camino y que del foco del patriotismo loco surgirá el foco de la revolución.

Rusia está otra vez asediada. La burguesía universal quiere acabar con aquel foco de luz que tantas esperanzas ha hecho concevir a los esclavos del mundo. Y lo malo no es que los parásitos quieran asesinar la República soviética, sino que haya obreros

que les ayuden, y den su vida para forjar sus propias cadenas. El traidor Pilsudski, que dirige la campaña polonesa contra Rusia se llamó socialista. Realmente no es Polonia que hace la guerra, sino la esclava de Inglaterra y Francia, estas dos naciones que quieren imponer su voluntad al resto del mundo, pero esto no puede durar mucho. Cierto que han gozado poco la desaparición del zarismo por estar rodeado de un círculo de fuego y ocupando todas sus energías en apagarlo; pero es indudable que de 150 millones más de 140 respiran con más libertad.

Tengan en cuenta que no creo que la República rusa sea el sunmum de la libertad y de la dicha. Después habrá que ir más adelante, pero si fuera vencida — que no lo creo — la reacción pesaría más sobre el resto del mundo. Hay que impedir que los rusos sean vencidos.

Y terminemos porque esto es demasiado, con Inglaterra. Aquí en realidad el obrero carece de idealidad. Se publican "Freedom", "Labour's Voice" y "The Spur", mensuales anarquistas, en vez de un semanal; "Solidarity" mensual sindicalista; "Workers Dreadnought", semanal socialista internacional, el más internacional acaso de la prensa inglesa, que dirige Sylvia Pankhurst, y que hoy mismo su editor H. P. Burgess ha estado en el tribunal y sigue preso. Pues a pesar de esta prensa puede decirse que el obrero inglés carece de idealidad. Es el que menos ha sufrido la guerra y acaso el que menos sufre la paz, si esto es paz.

Pero hay que reconocer que el número de idealistas aumenta y que los leaders obreros no son ya santos indiscutibles. Han empezado a ser sospechosos y creo que el obrero inglés no hará el primero la revolución suya, porque no tiene tanta necesidad, pero la hará.

Resumamos: los burgueses y sus servidores han fracasado y ven a la bancarrota. Como toda casa que gasta más que gana, los suterfugios y las trampas no duran mucho, igual ocurre a la sociedad burguesa. La Revolución social en Europa tal vez sea cuestión de años por los lanudos que hay entre los obreros, pero tal vez sea cuestión de meses. Los políticos han conducido la sociedad al borde de la fosa y no tiene salvación.

Londres, 15 mayo 1920.

Adanada.

BIBLIOGRAFÍA

FLORENCIO SANCHEZ (su vida y su obra) de Roberto F. Giusti, Editorial Justicia, Bs. Aires 1920

Acaba de aparecer este libro de Giusti, y cuyo texto se compone de tres capítulos: Orígenes del Teatro Río Platense. La Vida de Florencio Sánchez y su Teatro.

Hubiéramos deseado un libro sobre Sánchez más profundo, más espiritual; en cambio Giusti nos ha dado una pobre crónica y una crítica absolutamente periodística y vulgar.

No sabemos como interpretar el prurito de algunos escritores, y decimos escritores porque Giusti lo es, de publicar libros que no tienen de tal más que el formato. Esto lo justificamos en políticos fracasados o en abogados sin clientes, pero en un publicista de talento no podemos admitir manía semejante. En "Orígenes del Teatro Nacional" no hemos aprendido otra cosa que lo que ya habíamos leído y releído sin poner ni quitar nada: frases y conceptos copiados de cualquier crónica diaria, sin forma ni orden, con una redacción monótona y deshilvanada, escrita como se escriben los sueltos para un diario de dudosa vida.

El relato de "La Vida de Florencio Sánchez" es lo único que podría interesar al lector, si ese relato no fuera ya conocido, no por su forma, sino por sus hechos y anécdotas.

Cuando se escribe la vida de un artista del género a que pertenecía Sánchez, se debe estudiar la psicología de su ambiente, de su pueblo, el alma íntima de los personajes de las obras del artista y hacer la filosofía de su época.

Aquí se nos aparece la soberbia figura de Víctor Hugo en "Willan Shakespeare"; esa obra monumental que vivirá por sobre los siglos del mundo.

Parece que degeneramos en un superficialismo demasiado calculado y mercantilista. ¿Por qué tal conducta en los escritores?

Y ello aún está demostrado en el libro de Giusti, en la crítica que hace a la obra más soberbia y revolucionaria de Sánchez. Hubiera deseado el crítico que la "falta" en la mujer se hubiera producido sólo por pasión amorosa y no por instinto sexual. Reniega del instinto el crítico y no acepta la tesis de Sánchez, tesis desarrollada en "Nuestros Hijos" y en "Derecho a la Salud."

Confunde también el antor del libro, el estudio que hace Sánchez de sus personajes con la vida del dramaturgo, desnaturalizando la propia psicología del enfermo.

Mientras en unas páginas lo presenta optimista en lo que se refiere a sí mismo, en otras transporta la psicología de los personajes de su obra a lo íntimo del alma misma del dramaturgo.

Es un error. Ni Lisandro es Florencio, ni Florencio se cree un Lisandro.

Pruébalo ese deseo de gloria, de vida y de triunfo, hasta el último momento de su existencia, cuando como un niño soñaba sobre su obra futura al verse dueño de trescientos pesos remitidos por el Gobierno Uruguayo.

Y la crítica así hecha se nos aparece vulgar y calculada, pues no es más que la crítica que hiciera la buena gente a raíz del estreno de esas atrevidas obras, y que los diarios repitieron con un estribillo acompasado y fastidioso, tanto para no estorbar el plácido sueño de sus buenos lectores, que no gustan de cosas espeluznantes y que producen inquietudes...

Y el libro está escrito para la buena digestión de los honestos burgueses que gustan de estas lecturas desabridas e incoloras.

S. L.